

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

Tres meses.	3
Seis.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar.	5 pesos.

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTIN.	2,50
Idem del SUPLEMENTO.	0,75

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción

En Madrid librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pío, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

CATÓLICOS AL USO

(APUNTES DE UN HORTERA)

Era la primera vez que pisaba el polvo de la capital de mi provincia.

Acompañado por una familia que en ella venía a fijar su residencia, me presenté en *El Arca de Noé*, comercio de que era dueño un hermano del cura de mi pueblo, del cual traía una carta de recomendación, que después de todo era inútil, puesto que ya el párroco había escrito a su hermano avisándole mi llegada y dando excelentes noticias de la moralidad de mi familia, mis buenas condiciones y no sé cuántas cosas más que se le ocurrieron a Don Matías.

El Arca de Noé se titulaba el dicho establecimiento, y a fe que le cuadraba el rótulo divinamente.

Allí había de todo: géneros ultramarinos, mercería, bisutería, algo de objetos de escritorio, y tantos y tantos artículos que no me es posible recordar ahora.

Para que todo estuviese en concordancia con la muestra, había también su par de animales de la especie.

Eran D.ª Vicenta y D. Gumersindo, quienes, así que hube pasado de mostrador adentro, emprendieron conmigo un dúo de reflexiones y consejos que me volvieron loco.

—Ya que, afortunadamente—decía D. Gumersindo,—has tenido la dicha de ser educado por padres cristianos, preciso es que seas constante en las saludables enseñanzas que has recibido.

—Y que no te apartes jamás del camino de la virtud—añadió D.ª Vicenta.

—El hombre honrado y laborioso será siempre feliz donde quiera que se halle.

—Pero el malvado, además de atraerse el desprecio del mundo, será maldecido por Dios y sepultado en los infiernos.

Yo escuchaba aquella especie de letanía como quien oye llover, porque en el candor de mis doce años no alcanzaba a comprender que hubiese hombre capaz de contravenir a la Ley de Dios en materia grave, ni aun leve siquiera.

—¿Tú no sabrás pesar!—me dijo el amo.

—No, señor—le respondí.

—No es extraño. Fíjate con atención. Esta pesa es el kilo... Aquí la pongo en este platillo... Ahora, con ese cogedor de hojadelata, saca garbanzos de ese cajón y echa en el otro platillo hasta que los dos queden iguales.

—¿Está bien?—le pregunté cuando hube hecho lo que me mandaba.

—Como bien pesado, sí está; pero ¡valiente negocio íbamos a hacer de ese modo! Hace fal-

ta tener mucha maña para esto. Verás: se echa el género correspondiente al peso; pero luego se levanta con un dedo de la mano izquierda el platillo que tiene la pesa, y con la mano derecha se empieza a quitar y quitar género hasta que se quede en la mitad.

—¡Ya! ¡Pero eso es pecado!

—¡Qué torpe eres!—dijo dándome un torniscón suave.—¡Si no te avivas, nunca serás buen comerciante!

¡Cuánto había aprendido yo en dos años!

Era ya un chico listo, según la competente opinión de mis principales. Lo mismo sisaba un decilitro de aceite, que escatimaba un decímetro de cinta, que le encajaba a un parroquiano una docena de cucharillas garantizándole la bondad del metal, a sabiendas de que al salir de la puerta se le habían de poner más amarillas que el oro.

Esto no era obstáculo para que oyese diariamente la misa de alba en compañía de mis principales, que, como buenos cristianos, me hacían levantar con estrellas para cumplir con Dios... y poder abrir la tienda antes que el vecino de enfrente, nuestro competidor. Durante la comida rezábamos más *Ave-Marias* que lentejas había en el plato, y era de cajón la confesión mensual, amén de las misiones a que me enviaban, y a las que nunca asistía, yéndome de paseo como un señor.

Por entonces no estaba yo del todo mal en aquella casa, pues D. Gumersindo y Doña Vicenta se la pegaban mutuamente. Yo sabía los *trapicheos* de ambos, y... ¡vamos, que estaba como quería!

Debo explicar las travesuras de uno y otro, para que no atribuyan mis lectores a mi exseñora cualidades que no tenía.

D. Gumersindo, que pasaba de los cincuenta, era un Tenorio trasnochador, cuyo atrevimiento fuera de casa contrastaba con la hipocresía con que se disfrazaba en ésta.

D.ª Vicenta era honrada por lo que a los deberes matrimoniales atañe, mas no así en los asuntos pecuniarios.

Durante las ausencias del abuelo (como yo le llamaba) venía un sobrino de la señora, y daba la casualidad de que todas sus visitas coincidían con alguna baja en el cajón.

Mi responsabilidad estaba salvada, puesto que uno u otro consorte permanecían siempre en la tienda.

¡Tal era la confianza que tenían en las sagradas máximas que me inculcaban!

Claro está que, tirando cada uno por su lado, el negocio iba de mal en peor; pero, como ambos eran delincuentes, no se atrevían a pedir cuentas el uno al otro.

Iban desapareciendo existencias que no se reponían, hasta tal punto que si *La Salamandra*, sociedad en que estaba asegurado el establecimiento, hubiese girado una visita, no hubiese encontrado ni la décima parte del valor por que estaba hecho el seguro.

Una noche que, insomne, me revolvía en mi cama, sentí pasos, y, temiendo fuesen ladrones, me levanté con el mayor sigilo y vi al abuelo, que con una vela encendida se dirigía hacia la cueva.

Por una de las rejas observé la siguiente infame operación:

Anduvo recogiendo las pajas que por el suelo estaban esparcidas, y, amontonándolas junto a una pila de cajones vacíos, hizo luego un reguero con parte de aquella paja, que se extendía como a tres metros de distancia, y, después de prender fuego al extremo, empezó a subir la escalera con la misma tranquilidad que si acabase de tomar agua bendita.

Me acosté, fingiendo dormir, pero dispuesto a echarme a la calle en cuanto el fuego tomase incremento.

Pronto las llamas invadieron la tienda, y era de ver cómo gritaban aquellos farsantes y cómo me exhortaban para que ayudase a los vecinos a apagar el incendio.

El edificio quedó medio arruinado... Los heridos... ¡ya se curarían! Ello fué que el cristianísimo D. Gumersindo cobró el importe del seguro, previos los dimes y diretes con la Compañía que son de rigor en tales casos. Yo pude ¡lo confieso con vergüenza! descubrir tanta infamia; pero era joven... tenía miedo de figurar en un proceso... y eché un punto a la boca.

Posteriormente he sabido que el matrimonio se dirigió a la Corte, y, como el afortunado incendiario tenía las condiciones indispensables para enriquecerse pronto, esto es, mucha hipocresía y poca vergüenza, por medio de préstamos usurarios y *negocios*, si no más honrados, más productivos que *El Arca de Noé*, ha llegado a tener coche y hotel en la Castellana.

Ambos consortes figuran en la *aristocracia del dinero*, son fervientes católicos, y el orden, la paz, la honradez y la religión son palabras estereotipadas en sus labios.

JOAQUÍN G. LOSADA.

LA CUARESMA

CONSEJOS PIADOSOS

Estos consejos no son para los impíos, no son para los incrédulos, no son para los materialistas, no son tampoco para los ateos. ¡Son para los verdaderos hijos de Dios... y que sus coste!

Estamos en el santo tiempo de Cuaresma, y pasadas las locuras del Carnaval, á que os habéis entregado tanto los profanos como los cristianos y los curas, preciso es que tengáis juicio y os dispongáis á una vida de penitencia.

La Iglesia os lo dijo ayer, aunque será fácil que no lo hayáis entendido, porque os lo dijo en latín: *Memento homo quia pulvis eris*.

Estas palabras, según un clérigo amigo mío, significan: «¡Aguárdate un momento, que te voy á desmenuzar como el polvo de las eras!»

No respondo de la fidelidad de la versión, porque bien sabéis que hay *curianas* como camellos.

Antes de que se me olvide, advierto que la mayor profanación que se puede hacer de la Cuaresma es asistir al baile llamado de *Piñata*, porque es burlarse del santo precepto de una manera escandalosa; aparte de que todos los bailes son perniciosos, como hace poco ha dicho un prelado de la montaña y anteriormente el P. Claret, que, consecuente con su apellido, lo dijo en verso para mayor claridad:

¡Oh joven que vas bailando,
al infierno vas saltando!

Me diréis que hay muchos jóvenes bailarines por naturaleza y gracia (esto es, que bailan con naturalidad y tienen mucha gracia bailándose), y que estos tales no podrán resistir los halagos de la diosa *Tres y corre*, porque se lo piden las piernas como la boca el comer.

¡Todo se concilia en este mundo, hasta la ciencia con la fe! ¿Tienen ganas de pegar bríncos? Pues grandísimos tales... ¡Que se encierren en su casa y allí, sin escándalo de los fieles, empuen á hacer piruetas hasta que se cansen!

He dejado para lo último (y no á humo de pajas) el asunto de las vigiliás, ayunos y abstinencias.

En cuanto á las primeras, sabed que comete un pecado mortal el pobre que adereza unas patatas con tocino, y en cambio hace una obra laudable el que pesca una indigestión de merluza, salmonete, langosta ú otras pequeñeces semejantes.

Respecto al ayuno, debe ser con arreglo á la salud de cada cual, y tened presente que á Dios no le gustan las barbaridades, por muy católicas que sean.

Hubiera tratado de las abstinencias al tratar de las vigiliás; pero tened entendido, como ya os dije en otra ocasión, que no es lo mismo abstenerse de comer carne que guardar *abstinencia carnal*.

Esto no está muy claro; pero, en caso de duda, preguntádselo á cualquier *clericonte*, pues todos ellos están muy enterados del asunto.

★ LAS CAMPANAS

Un ingenioso fraile (*rara avis*) decía á sus devotos:

«¿Me preguntáis cómo se entra en el Paraíso? Pues, grandísimos pecadores, ¿no os lo dicen las campanas del monasterio? Oídlas: ¡dan-do!, ¡dan-do!»

Y tenía razón. Únicamente dando se puede alcanzar la salvación eterna. Dando se entra en la iglesia, es decir, en la comunidad de los fieles, puesto que los individuos no declarados pobres tienen que soltar las seis pesetillas de ritual si quieren participar de los inmensos tesoros... espirituales que nuestra Santa Madre posee.

Por unos cuantos ochavos le sueltan á cualquiera enamorada pareja la carta de San Pablo, que fué precisamente el apóstol más enemigo de que el altar se convirtiese en taquilla de mercader.

A tanto por barba se ajustan las misas, y, finalmente, si cualquier cristiano quiere que le entonen gorgoritos póstumos, debe satisfacer con anticipación los correspondientes honorarios, porque, si no, se expone á irse al otro barrio más triste que un cura sin ama.

Por eso la campana, ese instrumento cóncavo (que los señores académicos definen diciendo que es una copa boca abajo), es el símbolo de

la codicia de los curas, como ella pesados, y escandalosos como ella.

Quien se haya visto postrado en el lecho del dolor, víctima de la fiebre abrasadora, angustiado, triste, sin poder conciliar el sueño por el ruido del campanario, pudiera explicaros el efecto que producen en un cerebro calenturiento las vibraciones de la campana.

También pudiera deciroslo el pobre y honrado obrero que, falto de trabajo, yace en el fondo de su destartada bohardilla, sin lumbre en el hogar, sin pan en la mesa, pálidos y hambrientos sus hijos, en tanto que las campanas de la parroquia le anuncian el júbilo de los curas porque aquel día, con cuatro frases latinas dichas á regañadientes, han recogido en una hora diez veces más dinero que él desearía ganar después de una semana de ímprobo y casi inhumano trabajo.

¡Ah! ¡La campana! ¡Con cuánta satisfacción debe oír la un sacerdote, sentado ante una mesa bien provista de succulentos manjares, lleno de vino el vaso hasta el borde, y acariciado por las sonrientes miradas del ama!

El desatareado fraile, la inactiva religiosa, el desocupado obispo, ¡con cuánto placer, con qué inefable dicha oírán el tañido de la campana, especie de pregón que atrae al templo las conciencias y los bolsillos!

El número de campanarios de una ciudad es el termómetro que, en razón inversa, señala los grados de cultura de sus habitantes.

Cuando en una localidad contéis por centenares las chimeneas de las fábricas, decid sin vacilar: «Este es un pueblo que trabaja y produce».

Cuando, por el contrario, veáis por docenas las torres de las iglesias, no vaciléis en afirmar que allí se albergan la ignorancia y el ocio, las pasiones más repugnantes, los vicios en su mayor desenfreno, todo cuanto envilece, todo cuanto encanalla, todo cuanto arrastra la Humanidad por el fango; que es un pueblo que tiene á Dios en los labios y en el alma la hipocresía; un pueblo de estúpidos y vividores; un pueblo, en fin, que reza y huelga, que consume y no produce; un pueblo parásito que debiera desaparecer del mapa.

De Roma á Londres, de Barcelona á Compostela, hay un abismo.

RIPIOS ECLESIÁSTICOS

Ó cascotes sagrados, ó *cantos* místicos, ó pedradas clericales, el nombre no hace á la cosa, ni el ser cura el autor de ella hace que sean versos buenos, ni medianos siquiera, los que escribe.

Un *cuervo* de la provincia de Burgos ha engendrado... la siguiente *descomposición* poética; y no sólo la ha engendrado, sino que la ha dado á luz recitándola en la inauguración de una escuela.

Aquí está la *joya*:

LOOR Á LA APLICACIÓN

El patrimonio del hombre
y la mujer sin fortuna,
es, pues, sin duda ninguna
la ciencia que á la vez honre.

Pero, pedazo de presbítero, ¿de dónde ha sacado usted que *hombre* es consonante de *honre*?

Para esta ciencia adquirir,
puesto que es rara la infusa,
no hay recurso, no hay excusa,
hay que á la Escuela asistir.
Los padres deben decir,
y mil veces inculcar:
«Hijos, hay que trabajar,
so pena de hambre morir».

Esto está escrito en correcto bárbaro; pero, aun así y todo, es una filigrana comparado con las *redondillas* ó rodajas en que, so pretexto de elogiar al obispo de Madrid, dice más disparates que palabras.

¿Cuántos hijos de una villa,
cual nosotros habitamos,
brillaron en todos ramos,
son del siglo maravilla?

Hoy tenemos en Madrid
un obispo muy preclaro,
cuyo padre siempre honrado,
aró y cavó para vivir.
Este buen padre abrazara
la sensible privación
de que asido al azadón
su Ciriaco le ayudara.

Ahora se encara con los padres de los chicos, y les dice:

Decid, padres que escucháis,
¿de quién no es dulce ideal
una silla episcopal?...
¡Todos, todos la ansiáis!...

Ó el *curiana* no sabe lo que se pesca, ó dice que los padres de los alumnos ansían una silla episcopal, y para obtenerla era indispensable quedarse viudos. No debieron fijarse en esto las señoras concurrentes, porque, de lo contrario, hubieran recompensado al poeta sus buenas intenciones á mordisco y arañazo limpio. Nunca es tarde para el bien.

Después aconseja al maestro que zurre bien la badana á los chicos, y dice:

Es una necesidad
el castigo moderado
para hacer niño aplicado,
hablando en generalidad.

Y allá va la despedida:

Padres y maestro á la vez
y Junta de Vigilancia,
demos, pues, á esta enseñanza
toda aquella brillantez.

Pues mira que si todos dan á la enseñanza la brillantez que das tú á la poesía, ya pueden echarse á remojo los hijos míos de mi alma.

Pero ¿quién diablos te sugiere esos desatinos? ¿En qué raudales bebes esas inspiraciones?

Ya caigo; en tu pueblo hay abrevadero seguramente.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Sr. Director de EL MOTÍN:

Para darle á usted un disgusto, voy á comunicarle una *juerga* mística que nos hemos corrido en este pueblo.

Hemos tenido misioneros y todo, los cuales han cantado, berreado y toda la cosa, y por añadidura nos han dado la mar de indulgencias, que ya las quisiera usted para su uso particular.

Por aquí andamos los católicos que nos tiramos de los pelos porque el alcalde está que bufa contra nuestro respetable párroco, y no sé por qué se me figura que alguien se va á ganar un disgusto de *primissimo cartello*; pero éste está compensado con los buenos ratos que pasamos leyendo unos libritos que nos han dado los misioneros... previo el abono de setenta y cinco céntimos por barba, es decir por ejemplar, y que entre otras cosas útiles para el alma, pero no para la poesía, dicen lo siguiente:

Viva la palma,
viva el romero,
viva la boca
del misionero.

¡Y olé!

En cuanto á cofradías piadosas, estamos al pelo; tenemos la hermandad de la Purísima, del Amor Hermoso, etc., á las cuales están afiliadas muchas devotas, y además puede contarse hasta un centenar de devotos que estamos afiliados á las devotas.

Esperando la ocasión de contarle muchas y buenas cosas de este *curiana*, me repito de usted afectísimo seguro servidor.

(Firma y rúbrica.)

(Hay un nombre de pueblo que parece decir *Menjibar*.)

—¡No ganamos para sustos!—decía una beata que venía de oír misa de la iglesia de San Bartolomé de Pontevedra.

—¿Qué es ello?—le preguntó una vecina que aún no había podido cumplir el precepto religioso por estar dando papilla á su nieto.

—¡Pues apenas, hija!—respondió la interrogada.—Estábamos oyendo misa...

—¡Ay, hija! estaría usted, que yo, por desgracia, no estaba.

—Bueno; quiero decir que, cuando el cura estaba celebrando y yo y otros fieles asistiendo al santo sacrificio, se prendió fuego el altar, y allí hubiera usted visto qué apuros... Como la puerta era chica, y todos queríamos salir á un tiempo, armamos una de puñetazos y codazos que daba gusto verlos, aun-

que no recibílos. ¡No se crea usted! Yo también hice lo que pude con la muletita.

—¿Y ha sido importante el incendio?

—Las ropas del Santo nada más.

—Peor hubiera sido que se le hubieran quemado las ropas al cura.

—¿Qué sé yo, hija, cuál es peor! ¡Porque, al fin, los curas no son santos!

¡A qué tiempos hemos llegado! ¡Las gentes que de más píasos alardean, en cuanto ven un peligro en lozananza, huyen como unos impíos! ¡Almas de poca fe! Ahora comprendo que el Señor nos envíe sus más terribles azotes: coplas católicas y sermones del P. Bocos.

De regreso de una *juerga* se presentó en la estación de la Coruña un *curiano* de muchas libras, bebiendo en negro y bravucón, como lo demostró después.

Acompañábale una buena moza, joven y guapa, que á la legua se la conocía ser ama ó sobrina... carnal del *pater*.

El ama llevaba un bulto, de ropa por supuesto, y como ya se había dado el primer toque para la salida del tren, un empleado le manifestó que se diese prisa para sacar los billetes y facturar el fío.

¡Pero fío de verdad el que armó el *grajo*, que se subió á la parra, insultando al empleado y pretendiendo pasar el bulto á viva fuerza!

Su esposa mística lloraba, creyendo, no sin motivo, que se agotaría la paciencia del empleado y daría á su amo una tocatá por insolente.

Por desgracia no sucedió así, pues las risas de cuantos presenciaron la escena convencieron al *cleribruto* de que había metido la pata, y facturó su equipaje y montaron ambos tórtolos en el tren, donde el cura consolaba á su pareja como Dios ó el Diabolo le dieran á entender.

Cuando bajaron en la estación de Rua Petín, ya iban tan contentos y acaramelados que daba envidia verlos, y en su casa (que debe ser la parroquial de un pueblo inmediato) descansarían de las molestias del viaje.

Si es lo que me decía un *chaval* de Santiago de Cuba, más negro que el carbonero de la esquina de mi calle, hablando del beato Pedro Claver.

Va usted á ver cómo ese bendito que tanto nos protegió á los de la casta vá á *ase* más milagros que D. Arsenio cuando tuvimos el gusto de verle por allá.

La profecía ha dado lumbre. Andaba el expediente de canonización á punto de terminarse; pero faltaba un milagro para elevar al beato Claver á la categoría de Santo.

Por fortuna, otro jesuita como el bienaventurado tomó á su cargo la tarea de milagrear apelando á la intercesión del siervo de Dios.

El *pater* se creyó obligado á meterse en honduras por razón de consonancia de apellidos, y debió decirse: «El Claver y yo Roger, vamos á ver».

Y aconteció que en el convento de Mercenarias de Zaragoza había ingresado una joven que tenía una úlcera en una pierna. Súpolo el jesuita (supongo que sería por referencia), y como se tenía á mano una reliquia del benemérito celestial, aplicó su reliquia á la ulcerada monja, y ésta sanó más pronto que un cura se berrea un responso.

¡Aquí desearía yo ver á más de cuatro que se dejan decir que no ven un milagro por un ojo de la cara!

Verdad es que puede que se empeñen en no creer el tal milagro, y los impíos... harán perfectamente.

Por la provincia de Santander anda suelto un prójimo que ejerce de cura en las parroquias unidas de San Esteban de Arenas y San Jorge de las Fraguas, sin perjuicio de banderillar místicamente en la ermita de la Virgen del Carmen, donde el otro día hizo una de las suyas.

Salió revestido de la sacristía para trabajar en su oficio, y, en vez de dirigirse al altar mayor, arremetió por medio de las beatas, se dirigió á la puerta y la cerró, dejando con un palmo de narices á varios feligreses que estaban fuera, entre ellos el alcalde de Arenas, el teniente de alcalde y un concejal.

La autoridad municipal, viendo que le habían cerrado la puerta, empezó á llamar suavemente primero y después con fuertes golpes; pero el cura no hizo caso, diciendo para su sotana:

—¡Llama, hijo, llama, que antes te cansarás de dar golpes que yo de oírlos!

Y como el alcalde continuase golpeando, el *cuervo*, para asombrar al monaguillo con sus conocimientos médicos, parece que le dijo:

—¡Qué barbaridad! ¡Cómo repica! Se va á romper el carpo, el metacarpo y el policarpo.

El *parroquidermo* de San Julián (Ferrol) es humilde como el que más; pero, al que le toma ojeriza, ni Dios le libra de su venganza. Hay en dicha población un pordiosero que procura aliviar su triste situación con cualquier trabajo honroso.

Este desdichado, que se llama Manuel Bolaño, se dedica á la venta de varios periódicos, entre ellos El Motín, para ganar un pedazo de pan, y antes asistía también á los entierros á que acuden varios pobres, siendo remunerados por su trabajo con una peseta.

Supo el *parroco* que vendía El Motín, y se ha ensañado con él de tal modo, que ni siquiera le permite entrar en la iglesia, para que no pueda ganarse el miserable jornal que obtenía en los entierros.

La conducta del cristiano, dirá el cura, es muy elástica: desde devolver bien por mal, á usanza de Jesucristo, hasta vengarse de su enemigo quitándole el sustento necesario, hay mucha variedad de procedimientos; y añadirá:

—¡Pues no faltaba más sino que, por ser cura, estuviese uno obligado á ser humanitario y compasivo! Cualquiera se rapaba entonces la coronilla.

¿De Zaragoza hablan ustedes? Pues allá va una historia, cuento ó lo que sea.

Dícese que era una jovencita de diez y siete Abriles, pero bien aprovechados, puesto que la pobrecita de mi alma había corrido mucho y visto más, hasta el punto de que alguien asegura que, á no ser la bienaventuranza, nada le quedaba que ver.

Unas señoras piadosas se compadecieron de aquella ovejita descarriada y resolvieron conducirla al rebaño del buen pastor y solicitaron el ingreso de la joven en una comunidad que se dedica á recoger á las señoras mayor ó menormente desgraciadas; pero aquella se negó á recibirla pretextando que el reglamento prohibe admitir á las que tengan defectos, y, como la arrepentida no anda bien del ojo derecho, no ha podido ser admitida.

No debiera inmiscuirme en estas cosas; pero, ya que Dios me ha dado este temperamento, no puedo menos de estampar el anuncio siguiente para los presbíteros que estén de vaca, es decir, que estén vacantes:

CHICA JOVEN DE DIEZ Y SIETE AÑOS

averiada del ojo derecho (y de algo más),

desea retirarse del mundo y del demonio...

Sin embargo, serviría gustosa á un cura.

El *parroco* de Añasco (Puerto-Rico) es como-dón y holgazán como pocos, pero tiene mucho ingenio (y no me refiero á la vasta hacienda-modelo que posee).

Veán ustedes cómo la ha urdido para que no le molesten mucho llevándole chicos á bautizar, y, sobre todo, á bautizar de balde.

Ha clasificado el tiempo en días *hábiles* ó *inhábiles* para el remojo sacro, y en estos últimos se niega rotundamente á administrar el sacramento.

Un día le presentaron á bautizar un niño que estaba enfermo, y á quien su familia tenía interés en hacer cristiano, porque amenazaba peligro de muerte.

—Hoy no es día señalado para eso—dijo el *pater*.—Vuelvan ustedes en día oportuno.

—¿Y si entre tanto se muere?

—Entonces irá al Limbo, que es donde debieran estar los que creen que soy capaz de molestarlos por nadie.

Morrocotudo presbítero.

¡Hasta casi tiene razón el conde aquél que metió la... enmienda en el Senado!

Todo el mundo se cree obligado á mortificar á un cura, y el que más y el que menos tiene la desgracia de conocer á uno del ramo.

Ahora la han emprendido con un párroco del partido de Gijón y dicen de él la mar de cosas.

Que si tiene un ama que se llama Canuta, la cual Canuta toma con frecuencia el portante y deja al respetable *cuervo* dando quejas, digo, graznidos al aire.

Que si el hombre, digo, el cura, echa de menos los servicios de la fámula y sale á caza de ella y se la trae al nido parroquial.

Que si el sotana se *tragela* bastantes cuartillos de mosto, que si tira de la oreja al señor Jorge, que si se encarama en el chiribitil sagrado y disparata que es un gusto.

A mí ¿qué me cuentan ustedes? Cuando se trata de un presbítero incorregible, el desaliento se apodera de mí y me entran como deseos de renunciar á esta mi campaña moralizadora.

Un sacerdote de Novelda, que por temor al frío se encerró en una de las habitaciones de su casa,

notó que ninguno de los ocho canarios que allí tenía cantaba.

¡Demonio! ¡demonio!—debió decir él para su sotana;—¿que les pasará á esos curas... digo, á esos animalitos, que siempre están alegres como presbítero que come, canta y no trabaja, y ahora están más tristes que un clérigo sin ama?

Examinó las jaulas. Seis de los pájaros habían fallecido, y los otros dos no daban un cañamón por su vida, agonizando por asfixia poco después. El *cuervo* estuvo á pique de irse con los canarios, pues también se sintió acometido de asfixia, y cayó al suelo. Gracias á una niña que *casualmente* llamó á la puerta donde estaba el *pater*, se enteró la familia y pudieron socorrerle oportunamente.

Ahora comprenderán ustedes la utilidad de que haya niños en casa de los *curianos*.

Por eso la mayor parte tienen alguno ó algunos.

Los *cuervos* católicos y protestantes no se llevan ni el canto de un duro en asuntos de moralidad.

En Brooklin, una *pastora*, es decir, la mujer de un *pastor* protestante, ha presentado contra su esposo una demanda de separación conyugal, fundándola en que su consorte se la pega á la vuelta de una esquina y es tan calaverón y enamorado que en cuanto ve una hembra le hacen *chiribitas* los ojos y se entusiasma y se cree de un modo terrible.

Debo confesar, en honor de la secta presbiteriana á que pertenece el prójimo, que un sínodo había ya reprochado la conducta del voluble *pastor* antes de que su burlada costilla le llevase á los tribunales civiles.

Al leer estas líneas, dirá más de una ama de cura: «¡Qué dicha tienen esas *protestantas*! Si yo pudiese denunciar todas las trastadas que me hace el mfo!...»

El prior de Villarreal (Castellón) mata sus ocios en el púlpito, y, á falta de asunto nuevo, el otro día repitió por centésima vez su arenga contra la masonería.

Estuvo vehemente como cualquier cabecilla, y á grito pelado se berreó lo siguiente:

«Que las tribulaciones y atropellos que la Iglesia ha sufrido en los últimos siglos se deben á la masonería».

(Yo creía que se debían á la mala conducta del Clero, que anda dejado de la mano de Dios y, por desgracia, no tomado de las manos de los hombres.)

Y finalmente:

«Que por mucho poder que estas sociedades tengan, serán vencidas por la Iglesia, porque Dios la asiste y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

Carlos, el celeberrimo *clerigeronte* de Torrelaguna, tiene un caballo, y los dos hacen sus viajecillos á Patones, con intento de relinchar ambos; el cura en el púlpito, y el penco donde le parece oportuno.

Aseguran, pero yo no lo creo, que en tal aprecio y estima tiene el *cuaracha* á su jamelgo, que, pareciéndole todo poco para su compañero de viaje, pretende hospedarle en la escuela del pueblo cada vez que van de alboroque.

Aun cuando esto fuese cierto, no me extrañaría, porque es lo que diría cualquier cura que se encontrase en su caso:

«A ver si este animalito saca más provecho de la escuela que yo he sacado».

¡Oye, *parroquidermo* de Villarrubia de Santiago! Si yo alguna vez tuviese la desgracia de ser cura (que Dios me libre), y mi ama fuese á remojar los trapos á un lavadero público, y, prevalida del cargo que cerca de mi persona ejercía, se insolentara ó insultase á dos jóvenes del pueblo y éstas la emprendiesen á pedrada limpia con ella, ¿sabes lo que haría? Pues esperaba á que una de las agresoras se fuera á casar y le negaba la absolución hasta que no estuviese veinte minutos de rodillas repitiéndome que no volvería á tirar ni una china contra mí, ni contra mi ama, ni contra... nadie por quien yo me interesase.

Y dirás tú: Yo no me he visto en semejante caso; ¡pero cuando ocurra!...

¡Pues no parece sino que mayormente es un pecado que á un cura le guste tratar con las *hijas* de María... para enderezarlas por el camino que á la gloria eterna conduce!

Digo esto, *parroquidermo* de Balaguer, porque tengo entendido que han dado en calumniarte, diciendo que si prohíbes á esas tus jóvenes *Hijas* de María ir á los bailes, y añaden que por desquite las reúnes en tu casa, te bailas con ellas lo indecible, y dicen que hay aquello de «¡olé, que me estás gus-

tando hasta la pared de enfrente, por esa gracia y romaneo que Dios te ha *dao* y esos ojos bonitos y sandungueros, capaces de volver loco á cualquier persona... y á cualquier cura!»

Los jesuitas de Tudela se preparan para correr las grandes *juergas* los días 20, 21 y 22 del actual.

El periódico neo de donde copio la noticia dice que el pretexto de tan piadosos alborozos es celebrar un triduo al *melifluo* corazón de Jesús.

Por tan dulcísimos actos concede el obispo de Tarazona cuarenta días de indulgencia por barba á todos y cada uno de los fieles que asistan á la cosa bien alimentados (espiritualmente hablando) y rogando á Dios por las intenciones de la Iglesia, que vaya usted á saber qué intenciones serán.

Si los católicos de Tudela no aprovechan la ocasión, no sé cuándo se verán en otra.

Hace días, una señora de Manresa, muy rica por cierto, se sintió enferma, y quiso hacer testamento, llamando al efecto á un notario.

Llegó éste; pero un *curiano* que allí estaba le despidió, avisando á otro de su *confianza* para que hiciese el testamento. ¿Sabría el amigo cuál era la voluntad de la moribunda?

No estaría demás, ahora que se va á reformar el Código, que se considerara como criminal al *cuervo* que se plantase á la cabecera del lecho de los moribundos para timarles el dinero.

Continúa el fervor católico echando la casa por la ventana para obsequiar al Padre Santo con motivo de eso de las bodas de oro.

Los católicos belgas preparan un *libro de oro*... es decir, no de oro materialmente, sino que contendrá la biografía del Pontífice con todos sus detalles.

Aplaudo la buena intención de los belgas; pero me parece que ir á contarle al Papa su propia vida, que él sabe mejor que nadie, es una verdadera papa.

Parece ser que unos caballeros ladrones entraron á saco ó de *saca* en la iglesia de Mediano, y dieron un tiento algo más que medianillo á todo cuanto encontraron que fuese ó pudiera valer dinero.

Hasta las ropas de las imágenes se llevaron con la mayor irreverencia.

Dicen que, noticiosa del suceso el ama del *pater*, ha resuelto no visitar la iglesia mientras los santos permanezcan desarropados.

Las amas de los curas
Siempre fueron muy castas y muy puras.

Una monja muy *barbiana* y muy *sandunguera* de La Paz (Bolivia) abandonó el claustro para irse con un joven simpático que le gustaba hasta la pared de enfrente, y por este hecho fué condenada á reclusión por el juez.

La monja, que, á más de ser guapa, es resuelta y decidida, recurrió en apelación á la curia de Charcas, la cual la ha absuelto, dejándola en libertad de vivir con su amartelado compañero. ¡Olé por las monjas bonitas, decididas y *barbianas*!

Que el Sultán de Turquía era persona decente y algo torera, ya lo sabíamos todos. Lo que muchos ignoraban es que fuese tan adicto al Padre de los fieles católicos.

Ahora le ha enviado con el patriarca armenio una carta de su puño y letra y un anillo de brillantes.

Esto demuestra que la Iglesia católica va entrando por la senda de la tolerancia.

Por eso dice el cura de mi pueblo:

—En cuanto me regalen cualquier cosa, una sortija de dos reales, aunque sea el moro Muza, la tomo.

Dícese que, al salir de predicar uno de estos días el obispo prior de Ciudad-Real, fué vitoreado por los fieles, y alguno de éstos gritó: «¡Mueran los liberales!», siendo coreado este grito por unas cuantas docenas de beatas viejas, feas, *fanés*, facciosas y fanáticas.

La cosa, bien considerada, no fué más que un desahogo beatífico que no tuvo malicia; pero pudieran servir de prólogo á otras manifestaciones que tuviesen *milicia*.

Estos (aquéllos) ladrones, cada día descubren nuevas mañas.

Como los curas están muy escamados y no dejan en los sagrarios ni una patena, los cacos tienen que ingeniárselas.

Un ciudadano se ha llevado la campana de la ermita de San Sebastián de Otáñez, y el Juzgado de Castro-Urdiales recomienda la captura del incógnito aficionado á la música eclesiástica.

Es un asunto destinado á meter ruido.

Continúan los secuestros místicos de jóvenes solteras y guapas.

Ultimamente ha desaparecido una de diez y nueve años del Huerto de los Claveles (Málaga), sin que se sepa hasta ahora su paradero.

Pues si quiere descubrirlo, gánese la familia el auxilio de su confesor, mediante unos ochavos, que él les pondrá sobre la pista.

Para seguir el rastro de esas jóvenes sin novio, que desaparecen, no hay nada como un pachón tonsurado.

Parece ser que el *cuervo ignaciano* que estuvo barbarizando en Candás (Oviedo) se despidió de sus corderos echando pestes contra los liberales, y especialmente contra los redactores de *El Motín*.

Tontería más ó menos, que nos tendría sin cuidado, si no supiéramos que con sus disparates se ha *gateado* los metales de los fanáticos, y pudiera suceder que el producto de esos rebuznos se emplee en combatir prácticamente á los que en teoría ha combatido desde la trinchera del Espíritu-Santo.

Cerca de mil compostelanos han sentido en su alma síntomas premonitorios de poesía y se han arrancado en verso más ó menos limpio para decirle cosas en renglones cortos á Su Santidad León XIII con pretexto de su jubileo sacerdotal:

«¡Virgen María!
¿Cómo cunde en Santiago
La... poesía!»

¡Para *curda*, la que llevaba un ciudadano presbítero por las calles Real, San Nicolás y Barrera, de la Coruña, el 17 del actual!

Parece ser que iba midiendo las distancias de una acera á otra, y entre aquí me caigo y allí me levanto, hizo el cálculo siguiente:

«Descontando los pasos que he dado inútilmente y tres veces que he rodado por el suelo, resultan seis cuartillos cabales».

No me da la gana de creer que Castro, *cuervo* de la Magdalena (Ribadavia), siendo tan amable y atento... sobre todo con las damas, se liase á *trompis* con un tío suyo ex-fraile, fraile ó aspirante á fraile.

Y digo que no lo creo, por aquello de que *lobo á lobo*...

¡Oh desgracia irreparable! El obispo de Málaga ha excomulgado á los masones de su diócesis.

Me queda un consuelo.

Que no ha excomulgado á los masones de todo el Globo terráqueo.

Las bromas, ó pesadas ó no darlas.

En Manresa fué brutalmente apedreado el maestro de la escuela laica.

¿Dónde está el cura?—dirán mis lectores.

Eso es lo que hace falta averiguar, para acusarle las cuarenta.

SERVICIO TELEGRÁFICO

Peñaranda.—*Cucaracha* Antonio demandado juicio por moza buen trapío, perteneciente gremio amas cría. Escena patética, juez suspende juicio por apóstrofes que dirige moza y *cuervo*. ¿Saben algo llo que éste tuvo con vicario en paseo público, y si el último enfermó consecuencia disgusto?

—No tengo noticia ninguna, mas supongo que la cuestión sería motivada por alguna prudente advertencia que el vicario haría á Antónete; el cual, desde que aquellos gitanos le colgaron en Valdejimena, ha echado un humor que ni Cristo le aguantaba.

Si el juicio se verifica al fin, dígame usted el resultado.

San Fernando.—Hirióse casualmente con arma fuego joven veintidós años. Conducido grave estado hospital San José, *cuervo* resístese á que familia visite moribundo. Insisten parientes, y clérigo abofetea joven prima de espirante. Agredida coge escoba y pone verde presbítero. Herido falleció. ¿Sabe usted dónde habrán ido ropas cadáver, que ni Dios encuentra?

—No tengo noticia alguna del hecho ni del paradero de las ropas. Ahí tiene usted al tonsurado Manolo, que podrá satisfacer su curiosidad.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Madrid.—¿Tiene usted noticia de un *sotana* que vive de huésped en compañía de un matrimonio en la calle de Jacometrezo, el cual presbítero es más enamorado que Cupido y más bravucón que Orlando el Furioso?

¿Sabe usted si se ha permitido el lujo de galantear á su patrona, solicitando y aun tratando de cosas que no entran en el contrato de pupillage, y si un día que se quedó á solas con la doméstica anduvo también á la husma del fruto prohibido?

—No conozco á tan aprovechado presbítero, que por lo visto opina como yo, que no hay mujeres feas, ni tengo noticia alguna de sus hazañas.

Como carezco de relaciones directas con los *cucarachas*, únicamente por referencia sé que allí habita un virtuoso presbítero, á quien no pueden, creo yo, referirse de ningún modo dichas noticias.

Zaragoza.—¿Qué opina usted de ciertos presbíteros que se cuelan sueltos en la casa núm. 10 de la calle de San Pedro, donde hay unas muchachas que imitan á la Magdalena en su primera época?

—No veo ningún pecado en ello. Cuando los *curianos* visitan á las jóvenes, será porque las niñas necesitan los auxilios... espirituales de los *sotanas*, ó, por el contrario, que éstos carezcan de algo que aquéllas les puedan facilitar. Aparte de que á los pecadores y pecadoras hace falta convertir, que á los justos no hay para qué.

Madrid.—¿Es cierto que el párroco de San José, por mor de que le han ventilado siete mil pesetillas, ha suspendido por un mes el sueldo á todos los adscriptos?

¿Sabe usted si será útil para mi alma oír las misas que durante este mes se celebren en dicha iglesia, que naturalmente han de ser dichas de mala gana y á regañadientes?

—No frecuento las iglesias; por eso no sé si el párroco ha tomado el acuerdo á que usted se refiere.

En cuanto á la segunda pregunta, creo que tanto le sirve á usted una misa dicha de mala gana como una celebrada con toda unción sacerdotal.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ha puesto á la venta la Librería Gutenberg *La Mentira religiosa*, primera parte de la célebre obra de Max Nordau, *Las Mentiras convencionales de nuestra civilización*.

En breve y en períodos regulares seguirá dicha casa publicando las demás *Mentiras* que completan tan notable obra, cuyos títulos son:

II.—*La Mentira monárquica y aristocrática*.

III.—*La Mentira política*.

IV.—*La Mentira económica*.

V.—*La Mentira matrimonial*.

VI.—*Mentiras varias*.—*Armonías*.

Cada una forma cuaderno aparte, y se venderán, como *La Mentira religiosa*, al precio de una peseta, en las principales librerías.

Madrid, Librería Gutenberg, Príncipe, 14.—1887.

La Ley ante la conciencia.—Drama en tres actos, original y en prosa, de D. Antonio del Cosso y Asensio.

Este drama se estrenó en el teatro de la Alhambra en Noviembre de 1886, y acaba de imprimirse y ponerse á la venta en las principales librerías.—Precio, *dos pesetas*.

Establecimiento tipográfico de P. Núñez, Palma Alta, 32, Madrid.—1887.

Gula de elecciones de Ayuntamientos, por Eusebio Freixa y Rabasó. —Octava edición, que contiene: La Ley electoral de 20 de Agosto de 1870, concordada con las de 16 de Diciembre de 1876 y 2 de Octubre de 1877, anotada profusa y convenientemente con gran número de formularios de expedientes.—Precio, *una peseta*.

Publicación de Eusebio Freixa y Rabasó.—Toledo, 44, y San Bruno, 1, principal, Madrid.—1887.

LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo.

Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y correspondientes pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á *EL MOTÍN*.

Se vende en la Administración al precio de TRES PESETAS.

LIBROS DE LA BIBLIOTECA

DE
EL MOTÍN

EL JUDÍO ERRANTE célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—*Nueve pesetas*.

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: *dos pesetas*.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Precio: *dos pesetas*.

MADRID: 1887.

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4—Plaza del Dos de Mayo—4